

URGENCIAS DE LA PASTORAL ESPAÑOLA

Estas páginas quisieran cumplir con la doble finalidad de informar al lector sobre los trabajos realizados en las primeras *Jornadas de Pastoral de Conjunto* celebradas en España y, a la vez, ofrecer algunas reflexiones más personales en torno a los principales problemas de nuestra pastoral, considerada en su ámbito nacional.

Con este fin hablaré, en primer lugar, como cronista que describe los hechos; seguidamente daré un juicio sobre los mismos, y en último término trataré de completar lo anterior con algunas sugerencias útiles.

UN POCO DE CRONICA.

En la mañana del 9 de enero último, y en la silenciosa Casa de Ejercicios de Madrid-Chamartín, daba comienzo la Semana Española sobre Pastoral de Conjunto. El secretariado organizador, presidido por Mons. Narciso Jubany, obispo de Gerona, había previsto limitar la asistencia a tres representantes por diócesis nominalmente designados por sus respectivos obispos. Fueron admitidos también algunos delegados de centros nacionales especializados en diversos sectores de la pastoral. Casi una docena de prelados acompañaron a su equipo diocesano y siguieron en todo o en buena parte los trabajos de las Jornadas. Oficialmente se hizo saber que se habían rechazado bastantes peticiones de sacerdotes o religiosos deseosos de asistir a título privado o en representación de grupos no cualificados del clero español.

Esta rigurosa selección de participantes dio a las Jornadas un clima de seriedad y de trabajo poco comunes en asambleas nacionales.

Un congreso es obra de los asistentes y, con mayor razón, de los ponentes. Así, en el aspecto doctrinal nuestras Jornadas de Pastoral de Conjunto fueron obra principal de Mons. Fernando Boulard.

Invitado por la Comisión Episcopal de Pastoral el sociólogo y pastoralista francés estuvo entre nosotros, ante todo, como el hombre que puede comunicar toda la riqueza de experiencia pastoral acumulada en su persona durante cinco lustros de actividad en el vasto marco de veinte naciones americanas y centro-europeas; vino a Madrid, además, como expositor autorizado del pensamiento conciliar relativo al tema fijado para las Jornadas, ya que el canónigo Boulard había sido uno de los peritos conciliares que más de cerca trabajaron en la preparación de los Decretos sobre el ministerio de los obispos, ministerio y vida sacerdotales, y apostolado seglar.

Un buen resumen del contenido ideológico expuesto por Boulard podría expresarse en los títulos, equivalentes prácticamente a los de sus principales exposiciones:

Pastoral de conjunto, ¿por qué?, ¿para qué? En el marco de esta primera ponencia propuso el conferenciante el par de principios complementarios que, a modo de *leit motiv*, aparecerían en todas sus intervenciones. La Providencia, dijo, nos habla por los hechos, y un hecho fundamental de nuestro mundo es su organización colectiva en todos los ámbitos de la vida (urbanismo, trabajo, recreo, etc.). Consiguientemente, la pastoral de nuestro tiempo debe «socializarse», dejando de lado todos los esquemas exclusivamente individuales de pensar y actuar.

Esta misma línea de pensamiento se prolongó en la exposición del segundo tema: *Los ejes de desarrollo de la pastoral de conjunto*. Fueron momentos en que comenzó a sonar segura la voz del técnico en sociología religiosa, dando consignas para descubrir los *hechos sociales* —actitudes colectivas profundas, raíz de todos los fenómenos observados en la vida cotidiana de los grupos—; para señalar los principios de demarcación y organización de las zonas humanas aptas en orden a la eficacia pastoral y, en fin, para precisar con exactitud la peculiaridad de los *modos de acción pastoral*.

El Presbiterio en la iglesia local diocesana, organismo clave en la pastoral propugnada por el Concilio, exigió más prolongadas consideraciones que ninguno de los otros temas. La definición y composición, así como el complejo sistema de relaciones de dicho organismo con los demás instrumentos pastorales

de la diócesis (Consejo Presbiteral y Pastoral, Secretariados varios, Grupos especializados, etc.) fueron objeto de esta ponencia, y materia de largo estudio para los grupos de trabajo, que prestaron al tema la atención exigida por su novedad e importancia dentro de las estructuras pastorales creadas por el Vaticano II. Probablemente fue mientras se trataba de esta materia cuando las Jornadas marcaron su mayor temperatura de interés.

Con la ponencia de Casiano Floristán sobre *Los fundamentos doctrinales de la pastoral de Conjunto*, y en virtud de una lógica no demasiado comprensible, terminó la que podríamos llamar primera parte de las Jornadas. Esta exposición despertó el máximo interés a pesar de la rapidez con que se propuso su amplísimo contenido.

La segunda etapa de la Semana tuvo orientación algo más práctica. A las valiosas aportaciones de Boulard se sumaron buenas intervenciones de R. Duocastella, Mons. N. Jubany, Bourrat, y la del P. Luis González, Presidente de la CONFER.

Cada ponente nos ayudó a comprender desde muy diversos puntos de vista algunos de los principios y normas dictaminados por el Concilio para la puesta en marcha y el ejercicio de la pastoral actual.

Para la mejor comprensión de las Jornadas destacaré tres intervenciones de esta sección que me parecen principales. Ante todo, el llamamiento a la investigación socioreligiosa, como requisito indispensable para toda planificación pastoral que quiera pasar de mero entretenimiento apostólico, a cargo de Boulard y Duocastella. Este último ofreció, un balance amplio, pero quizás poco preciso, sobre la historia, situación actual y posibilidades de la sociología religiosa española. Terminó poniendo en guardia a todos contra el falso mesianismo, atribuido por algunos a la sociología religiosa, recalcando muy bien que los objetivos de la sociología religiosa son previos a la acción pastoral y su tarea fundamental no consiste sólo en acumular datos sino, sobre todo, en mentalizar o sensibilizar a los agentes del apostolado capacitándolos para esclarecer a sí mismos los fenómenos sociales más decisivos en la vida de los hombres que nos rodean.

La ponencia del P. Luis González sobre *Los religiosos en la Pastoral de Conjunto, según el Concilio*, fue en opinión de muchos jornadistas una de las mejores preparadas dentro de la Semana, tanto por su bella expresión como por la abertura de espíritu que suponía, el sano realismo de sus propuestas y la densidad teológica de su argumentación.

Debo citar también en este lugar el *Informe* sobre el funcionamiento de la pastoral de conjunto en la diócesis de Saint-Etienne (Loire) presentado por su Vicario Episcopal de Pastoral, señor Bourrat. El, mejor que nadie, indicó las posibles vías de participación en una acción conjuntada de todas las fuerzas vivas de la iglesia diocesana: Presbiterio, Consejos de pastoral, religiosos y seglares. Desde este punto de vista su intervención resultó sumamente elocuente.

Mención especial hay que hacer aquí de las *Memorias* presentadas por las delegaciones de Zaragoza, Albacete, Oviedo y Gerona sobre la marcha de la pastoral de conjunto en sus respectivas diócesis. Creo que las cuatro, con enfoque de muy vario color, contienen datos del máximo interés para todos. Se trata de intentos serios, algunos casi acabados, de pastoral diocesana; por lo mismo de gran utilidad para aquellas otras diócesis ocupadas todavía en etapas iniciales de planificación.

Del total de las exposiciones una conclusión quedó patente ante todos los jornalistas: la buena estructuración de los organismos centrales hacen posible a la pastoral diocesana el logro de metas apostólicas no sólo nuevas sino ni siquiera imaginadas hasta hoy. alguna diócesis pudo hablar, en este sentido, con gran elocuencia de hechos.

Por lo demás, el mayor fruto de estas Jornadas es, probablemente, el haber provocado en todos los presentes la profunda convicción de que la organización pastoral es algo tan importante y decisivo en nuestro mundo actual que de ella puede depender el futuro religioso de nuestra acción.

AJUSTE DE LAS JORNADAS.

Terminado el congreso, que se presentaba lleno de interés por la transcendencia y enfoque de las soluciones esperadas en relación con las necesidades actuales de nuestra pastoral, es conveniente volver la vista hacia atrás y seguir reflexionando sobre temas tan decisivos.

En este sentido cabe preguntarse, como lo hizo ya un sector amplio de los jornalistas al finalizar el segundo día de las Jornadas, si no se planteó allí el problema de nuestra pastoral de conjunto partiendo de esquemas teológicos demasiado estrechos e imprecisos. De hecho bastantes dudábamos al dejar Chamartín si habíamos asistido a un congreso de sociología o bien de pas-

toral. Juntado este dato a la afirmación, muchas veces repetida durante las Jornadas, de que la sociología *no es aún* pastoral sino algo previo, fácilmente se colige la posibilidad de poner algunos reparos al plan propuesto y seguido en nuestra Semana de Madrid.

En este orden de ideas he aquí algunas sugerencias o presupuestos que parecen ineludibles en la pastoral de conjunto española.

Después de agradecer a nuestros amigos franceses que llevaron la dirección del congreso con tanta simpatía como competencia, quiero proponer mi preocupación y la de no pocos españoles al ver que no se acaba de organizar entre nosotros ese cuadro de personas responsables y técnicamente preparadas para abordar desde su base las tareas y problemas que tiene planteados nuestra pastoral nacional y que son, en definitiva, los problemas de cualquier pastoral seria que intenta llegar a una equilibrada conjunción de los principios permanentes con las peculiares necesidades religiosas de un país o nación.

A mi entender el equipo en cuestión debería agrupar al menos estos tres tipos de miembros: teólogos cultivadores de la dogmática estricta (eclesiólogos, biblistas, etc.), técnicos de las ciencias humanas (sicólogos, sociólogos, estadísticos...) y finalmente el tipo intermedio que hiciera de intérprete y enlace entre los dos grupos anteriores.

A quien se haya planteado alguna vez en serio lo que significa llevar al mundo de hoy —a nuestro mundo español— la buena nueva del evangelio, no le es necesario justificar el anterior aserto.

Admiro la pastoral de aquellas naciones que han sabido conjugar la más alta teología con los imperativos de la vida, o, como decimos hoy, con los signos de los tiempos. Y al mismo tiempo me asusta el peligro a que nos exponemos cuando queremos imitar esas pastorales sin asimilar lo más profundo de ellas, es decir, el afán por llegar a la definición precisa de las tareas pastorales exigidas por las características propias y peculiares del medio en que vivimos.

En esta perspectiva conviene recordar aquí, al menos de pasada, las tres clases de principios o normas a que ha de atenerse toda acción pastoral responsable. Hay, primeramente, principios pastorales válidos para todo tiempo y lugar. Llamémoslos, universales. Tales son, por ejemplo, el principio teocéntrico, el cristocéntrico, el eclesiológico, etc. De ellos se ocupó en nuestras

Jornadas el Presidente del Instituto de Pastoral de Madrid, Casiano Floristán.

Es un hecho que estos principios universales entraron en España hace muy pocos años a través de quienes se formaron en las universidades centroeuropeas y hoy ocupan las cátedras de pastoral en nuestras universidades y centros eclesiásticos especializados.

Pero estos principios, con ser muy ricos, no bastan para llevar a cabo la pastoral completa. Es preciso llegar a la formulación de aquellos otros principios —intermedios— relativamente universales también, válidos solamente para las acciones pastorales realizadas en medio de tal pueblo, nació o cultura. En esta tarea, de escala media o nacional, recomendada centenares de veces por el Concilio, tiene obligaciones importantes y específicas la pastoral de conjunto nacional. Me consta, por otro lado, tras la visita girada el pasado año a varias zonas de España extendidas por los cuatro puntos cardinales del suelo patrio, que esta clase de consignas a escala nacional se está esperando con impaciencia.

El tercer orden de principios corresponde a las normas prudenciales que cada cual ha de tener en cuenta en la actuación pastoral concreta de cada día y en cada circunstancia. Como es obvio, difícilmente podrá realizarse bien esta última actividad pastoral si falta la luz de los principios anteriormente mencionados, y si falla la pastoral de conjunto en esclarecer los que hemos llamado principios intermedios.

Pues bien, a la vista de estas consideraciones, y especialmente de la puesta en marcha de nuestra pastoral nacional —entiéndase peculiar a la situación española actual— fácilmente se echa de ver la ausencia casi total de orientaciones y consignas en las Jornadas madrileñas.

En ellas se habló de métodos, de organización, pero apenas se dijo nada sobre el modo de utilizar todos esos instrumentos *en función* de la realidad española, considerada bajo el punto de vista más propiamente pastoral que es el de sus objetivos religiosos. Consecuentemente, flotaba entre los jornadistas la impresión —y esto más por el tono con que se habló que por la materia que se expuso, necesariamente limitada— de que se habían olvidado en nuestra Semana aquellos problemas más radicales de toda pastoral orientada; es decir, aquellos que tendría planteados la pastoral española en cuanto pastoral y en cuanto española, si por hipótesis contara hoy con cuadros de acción perfectamente organizados. En Madrid nos olvidamos de que toda la

organización pastoral es tan solo el cuerpo y ha de estar animado por sus fines o contenidos; dicho con otras palabras, que la pastoral de conjunto no es sólo cuestión de coordinación de fuerzas y de métodos, sino también y *antes que eso*, fijación de objetivos *religiosos comunes*, programados a tenor de postulados pastorales, teológicamente bien fundados y ajustados a cada situación religioso-social peculiar —en nuestro caso, de acuerdo con las necesidades especiales de la España actual—. Una organización de pastoral que prescindiera de estos presupuestos se presta a graves equívocos y no menores fracasos ya en su mismo punto de partida.

En este último orden de ideas, quizás no esté de más recordar también que no parecieron suficientes para llenar el programa de objetivos a que acabo de aludir —sobre todo, si tenemos a la vista nuestros ambientes españoles, tradicionalmente creyentes— las metas religiosas propuestas por los ponentes franceses Boulard y Bourrat, como contenido principal de la pastoral de conjunto. Como ya se hizo notar varias veces en las Jornadas, no podemos contentarnos con centrar el programa pastoral en los ideales del *humanismo cristiano*, es decir, en la presentación de las soluciones cristianas a los problemas de la existencia intramundana (problemas psicológicos, del trabajo, de la familia, de la sociedad, etc...).

Mirando las cosas desde otra perspectiva, podríamos decir que en las intervenciones de los franceses no parece reflejarse el equilibrio que «escatología» y «encarnación» guardan dentro del ámbito de la fe cristiana, siendo ésta ante todo llamamiento permanente de Dios en Cristo, por encima de las vicisitudes de la vida.

A la luz de todo lo que precede y teniendo en cuenta las impresiones recogidas entre los asistentes a la primera Semana Nacional sobre Pastoral de Conjunto, me inclino a pensar que aún no hemos llegado en España al planteamiento de nuestra pastoral nacional.

TAREAS URGENTES DE LA PASTORAL ESPAÑOLA.

Las consideraciones anteriores han suscitado problemas y piden soluciones. En las líneas que restan quisiera referirme a las últimas.

Comencemos recordando que para ordenar debidamente la

acción pastoral es necesario ante todo ponderar bien la variedad de objetivos que comporta. Porque los hay principales y secundarios, prioritarios y otros menos urgentes, en cierto modo derivados de los fundamentales. Todos estos y cuantos más pudieran mencionarse, entran en última instancia en alguno de estos tres capítulos generales de la pastoral: son problemas referentes al *destinatario* de la pastoral, de *contenido*, o de *transmisión* (agentes, organización, métodos, etc.).

Antes de entrar en la enumeración de los mismos, quiero advertir que trataré sólo de aquellos objetivos que parecen más urgentes y peculiares a nuestra España actual, orientada, como todos sabemos, hacia nuevas metas sociales y religiosas como consecuencia de la profunda transformación social que afecta al país y de las exigencias renovadoras suscitadas por el Concilio a toda la Iglesia universal. Las reflexiones que siguen pueden tener aplicación en todos los niveles de acción apostólica dentro de las comunidades nacionales.

1. *Urgencias relativas al destinatario.*

El primer momento de toda tarea pastoral aplicada consiste en examinar la situación del destinatario, y especialmente su situación religiosa. Para llevar a cabo este último y específico objetivo hay que comparar el contenido del mensaje cristiano —meta ideal de toda pastoral— con la religiosidad de aquel al que se dirige. Este trabajo, equivalente en nuestro caso al diagnóstico religioso del catolicismo español, no es ni fácil ni corto, ya que implica conocimientos serios de teología (dogmática y pastoral), estar al tanto de muchas técnicas de investigación socioreligiosas, y tener una idea aproximada —que no pasará ordinariamente de global y somera— del medio que se va a estudiar. Esto último es necesario para formular las hipótesis de trabajo, base de toda investigación sociológica.

Pues bien, solamente de este planteamiento ya derivan para nuestra pastoral nacional las siguientes urgencias, entre otras, que me limito apenas a mentar:

- Formación de la *tipología socioreligiosa* adaptada a nuestro catolicismo, con la que podamos enjuiciar la religión de los españoles y salir del clima de incertidumbre y confusión reinante hoy en torno a punto tan decisivo como es el de la validez de nuestro catolicismo, en general.

● Igualmente, y en un terreno más práctico, urge saber en España la actitud que debemos adoptar ante las manifestaciones religiosas tradicionales de nuestro catolicismo popular, hoy tan combatidas como consecuencia de los anhelos renovadores emanados del Concilio. ¿Cuáles son las etapas que debemos seguir, los escollos que debemos evitar en el camino de nuestra renovación religiosa, a escala nacional? He aquí interrogantes que interesan a todos los que trabajamos en la pastoral española y aún no contestados.

● Esta misma pastoral necesita, también con urgencia, orientaciones *generales* sobre los que han sido calificados de macrofenómenos sociales en esta España que vive al filo de nuestro medio siglo xx. Me refiero, como ya advina el lector, a los movimientos migratorios, en sus tres variantes —turismo, éxodo rural y migración exterior—, y sobre los cuales desgraciadamente no poseemos enjuiciamiento claro ni mentalidad común, a pesar de la influencia profunda que ejercen sobre las actitudes y estructuras religiosas del país.

Para entender cuánto importa que lleguen a todos los agentes de la pastoral consignas comunes y precisas sobre el modo de actuar frente a esos fenómenos, piénsese en lo que pueden significar estos datos: en el decenio 1955-1965 uno de cada tres españoles cambiaron de residencia (domicilio, ciudad, región) y en el último año —1966— pudimos ver una cara extranjera entre cada dos nativas a lo largo y ancho de la piel de toro de España. Frente a un mundo de tal modo convulsionado, urge que quienes trabajamos en pastoral española estemos orientados de manera adecuada, es decir, responsable y organizada. Sólo mediante la organización concienzuda y el cálculo bien meditado de posibilidades podrá soñarse en hacer llegar a todas partes los criterios de acción que tantos ignoran o conocen mal. También aquí la pastoral de conjunto se ve frente a una tarea urgente.

2. *Urgencias relativas al contenido.*

La ley de encarnación nos obliga, entre otras cosas, a ofrecer el mensaje cristiano teniendo en cuenta la situación del que lo recibe con relación a la meta ideal cristiana.

Pues bien, a la vista de estos principios, me inclino a pensar que el problema específico de la pastoral española actual, por lo

que respecta a su contenido, debe orientarse hacia los siguientes objetivos complementarios:

- Mantenimiento de nuestro catolicismo de masas, imperfecto e inmaduro, pero a la postre rico de religiosidad, mucho más cercano al evangelio ciertamente que el ateísmo práctico o teórico de tantos millones de europeos alejados no sólo de la Iglesia sino del cristianismo.

En este punto pienso que debemos estar de acuerdo con la tesis fundamental del P. J. Daniélou, en su reciente libro *L'Oraison, problème politique*. Paris 1965, que se presta a honda meditación.

Si somos realistas, coincidiremos con el pensamiento del escritor francés cuando afirma que la pastoral de masas, actualmente casi la única posible, ha de partir de esta convicción: es prácticamente imposible a un cristiano que no es militante la perseverancia en la fe, si el medio ambiente, a través de las estructuras sociales, no le sostiene. En igual sentido es erróneo abogar por la supresión del llamado cristianismo sociológico por la especiosa razón de que no es perfectamente personal. No aceptar estos principios equivaldría a admitir la absurda pretensión de convertir al cristianismo en religión para aristócratas del espíritu, o —lo que es todavía peor— suponer que para llegar al cristianismo maduro hay que hacer tabla rasa de todo tipo de religión imperfecta.

- Como complemento de lo anterior, parece también claro que otro objetivo de nuestra pastoral actual ha de fijarse en la doble tarea de *superar y purificar* nuestro catolicismo. Este, como todo catolicismo tradicional y popular, adolece de dos defectos fundamentales: de *inmadurez* y de *degeneración* del auténtico espíritu cristiano. Así, abundan entre nosotros hombres que pueden llamarse religiosos pero no cristianos, pues su religiosidad no supera el nivel de la religión natural o cosmológica; adoran al Dios de la naturaleza pero no se relacionan apenas con el Dios de la revelación. Igualmente, hay cristianos que convierten la práctica sacramental, las fiestas religiosas y ciertas devociones en prácticas cargadas de actitudes mágicas. Frente a esta degeneración, la postura del pastor ha de consistir en desterrar lo que no es cristianismo; ante la inmadurez, por el contrario, se comportará como quien acepta lo bueno y mueve a lo mejor.

Considerados bien estos puntos, uno no comprende la ingenuidad de quienes esperan un sí o un no rotundo y escueto ante

cierto tipo de preguntas, por ejemplo, si España es católica. Deberíamos ponernos de acuerdo para que no se oigan ya más entre nosotros voces tan simplistas como éstas. Por otra parte, un medio imprescindible para conseguirlo es, precisamente, la orientación a nivel nacional sobre las cuestiones que estamos planteando.

En calidad de catequista explayaré algo más mi pensamiento en este terreno de las soluciones positivas.

Para promover la «conversión» de nuestros cristianos a la religión en su grado perfecto o evangélico, me parece decisivo adoptar estos medios:

- Personalizar toda nuestra pastoral de la palabra, orientándola hacia el encuentro personal del fiel con Cristo y con el Padre. Sobre esto se insiste hoy mucho más que hace unas décadas, pero parece que aún no se hace todo lo necesario, sobre todo si se tiene en cuenta que para un buen sector de nuestros fieles ya no es posible la actitud indiferenciada en materia de religión; ser cristianos por convicción o dejar de serlo es hoy dilema ineludible para todos, dadas las actuales y más aún futuras estructuras de nuestra sociedad, profundamente masificadas.

Permítame el lector transcribir una anécdota reciente, más elocuente quizás que largos razonamientos en relación con el tema que estamos tratando. El día de Reyes último asistí a la misa vespertina que se celebra todos los domingos y días festivos en la catedral vieja de Salamanca, con gran concurrencia de fieles. El predicador habló sobre la manifestación de Jesucristo a los hombres, dando a entender y por supuesto que los españoles se dividen en dos bandos: los que se han declarado contra Cristo y los que están a su favor. Al salir, me topé con el oficiante y le objeté que su esquema no parecía responder a nuestra realidad, a pesar de su lógica. Desgraciadamente, le dije, creo que buena parte de nuestros católicos nunca han dicho sí ni no a Cristo, sino que simplemente han prescindido y siguen prescindiendo de él. Lo trágico de nuestro cristianismo es que es un cristianismo sin Cristo.

- Debemos recalcar —y aludo a otro medio urgente para personalizar nuestro catolicismo— el carácter *actual* del cristianismo. Para el cristianismo recibido por tradición como el nuestro, existe el peligro grave de caer en el «pasadismo», es decir, en la presentación y aceptación del misterio cristiano como uno de tantos elementos pertenecientes al pasado. En tal sentido

parece que para muchos predicadores y catequistas sólo existe la Historia Sagrada o el Cristo de Nazaret y del Calvario. Olvidan lamentablemente que, si Cristo es alguien para el hombre de hoy, es sobre todo en su existencia de resucitado, como persona viva que nos sigue llamando al diálogo en todos los instantes de la vida. Afortunadamente el cristianismo es algo más que mero integrante de la cultura histórica.

Junto a los dos objetivos propuestos, se podrían anotar otros más pero parece que todos se pueden reducir a éstos.

3. Urgencias relativas a la transmisión.

Frente a cualquier fácil simplicación, la pastoral de hoy ha comprendido muy bien —y éste es un dato a su favor— que su eficacia, en cuanto depende del esfuerzo humano, es resultante de la armónica conjunción de tres elementos: métodos, estructuras y contenidos. Pero de modo especial entiende que, en el mundo profundamente socializado en que vivimos, la acción apostólica es obra de todos, acción de conjunto. Desde este punto de mira, las Jornadas de Madrid reseñadas en la primera parte de este escrito nos proporcionaron orientaciones de primera calidad, al par que cumplían con otro de los objetivos urgentes de la pastoral española.

A lo que allí se dijo añado algunas ideas a modo de complemento:

- No quiero insistir con argumentos kilométricos en lo que ya recordé al principio respecto al capítulo de las estructuras pastorales: nuestra pastoral nacional necesita urgentemente ese artículo —de primera necesidad en toda sociedad que evoluciona rápidamente— que se denomina *minorías rectoras*. Sin minorías capaces de diagnosticar los fenómenos presentes y de orientar la acción conjunta a corto y a largo plazo, las impaciencias abundan, los esfuerzos se malgastan y se pueden cometer muchos errores.

Me parece que no ando equivocado si digo que todas estas malas yerbas crecen al presente en el campo de nuestra pastoral nacional. Sabemos todos, en efecto, de enfrentamientos entre los dirigentes y congresistas en las Jornadas de Consiliarios Rurales, durante el pasado abril; de destituciones de Consiliarios de A. C.; de insatisfacción manifiesta en las Jornadas últimas sobre Pastoral de Conjunto, etc... y todo ello a pesar de la buena voluntad

de todos y de los grandes esfuerzos que se realizan en una y otra dirección.

Por lo demás, me uno a los que se declaran contra tópicos tan equívocos y baratos como los de aquel conferenciante de la capital de España, que, hace pocos meses en una sala de Salamanca y en presencia de casi medio millar de estudiantes universitarios clericales, nos culpaba a todos de los males que aquejan a nuestra pastoral española, por la sencilla razón de que todos somos igualmente Iglesia. Alguien le recordó con general aplauso de la concurrencia que, si efectivamente para todos hay cabida en la Iglesia, no todos tenemos en ella las mismas funciones; de consiguiente, no se puede pedir a la masa solución los problemas que pertenecen a la minoría.

En términos generales, puede decirse que, para que una organización humana funcione bien y sea viable, es condición indispensable la existencia en su seno de una minoría responsable y clarividente. ¿Podemos ser optimistas en este punto si echamos una mirada al horizonte de nuestra pastoral nacional? Me parece que por ahora no, lo que no excluye que podamos decir —¡ojalá!— lo contrario en breve plazo.

- Otro punto al que es urgente acudir con orientaciones generales y comunes, es al que dice relación con la actitud de muchos pastores ante el desafecto, cada día creciente, de la práctica religiosa entre nuestros fieles.

En contactos metódicos tenidos el pasado año con más del medio centenar de sacerdotes cualificados de siete zonas-tipo de España, pude comprobar que no pocos de entre ellos están sin saber a qué atenerse y cómo enjuiciar este fenómeno. Incluso en algunos esta nueva situación ha llegado a provocar estados de suma angustia espiritual y profundo desaliento.

Al mismo tiempo se reconocen incapaces de superar las dificultades, hasta ahora inéditas, que entraña el ir al encuentro de esos hombres que se alejan de la Iglesia, muchas veces sin saber por qué. Dicho de otro modo: se han dado cuenta de que el precepto del Señor «id y enseñad» ya no puede traducirse, como hasta ahora, en la solución fácil de «venid y os enseñaremos»; porque la gente ya no viene.

Ante hecho tan general hay que dar también algunas orientaciones generales. Voy a terminar estas reflexiones —cuyo único mérito sea tal vez el haberlas dicho en voz alta aprovechando la circunstancia poscoyuntural del congreso— con otra observa-

ción que me parece fundamental para interpretar y resolver el punto últimamente aludido.

Digamos, ante todo, que el descenso de practicantes es resultante de muchas causas. Una de ellas es la mayor libertad de la vida o lo que es igual, la disminución de la presión sociológico-religiosa, como consecuencia de mayor movilidad en la sociedad global. Hoy, concretamente, hay más distracciones, más excusas... para dispensarse de asistir a cualquier concentración religiosa, a tal o cual ejercicio piadoso. No hará falta decir cómo este hecho se da en los diversos tiempos y lugares.

Por otro lado, es evidente que en la motivación religiosa intervienen varios elementos: estrictamente religiosos unos, otros sociológicos, como acabamos de decir, psicológicos, etc... Pues bien, dadas las leyes de vida humana, a medida que las condiciones de la vida hacen posible la distinción entre los motivos propiamente religiosos y los que no lo son, en esa proporción se hace igualmente posible el fenómeno de los que se alejan o no practican tanto. En realidad, la separación se daba ya en el fondo de las conciencias, pero no se podía manifestar porque las circunstancias no lo permitían. Hoy, por ejemplo, todos —o casi todos— se casan por la Iglesia en España, dado que el Estado comparte el acuerdo con la legislación oficial de la Iglesia. El día que estas condiciones cambien muchos que hoy se casarían eclesiásticamente, ya no lo harán. ¿Significa que «ese» día dejan de ser católicos? Evidentemente no; lo único que cambia es la circunstancia que les permite manifestarse lo que son en realidad.

En tesis general, creo que debemos aceptar todos serenamente esta purificación de nuestro catolicismo, en el sentido de que muchos que «cumplen» sin ser creyentes, dejarán de hacerlo cuando ya no se lo exija el ambiente nuevo que los circunda.

Juan Antonio BERNAD.